

# MUJERES EN “LA BANDA”...

## ¡ENE...!

**Alberto Eceiza Goñi**



*Si no te gusta la música o tienes menos de 40 años, no leas este cuento. Cuento, o lo que sea, por Alberto Eceiza Goñi.*

– ¡Arrastro!... Dijo Martín Goñi, golpeando en la mesa con el as de bastos, al igual que si esgrimiera una de sus baquetas de ébano, con las que habitualmente tocaba la caja.

– ¡Qué potra tienes Martín!– repuso malhumorado Pepe Picaza, mientras tiraba el tres del mismo palo.

– ¡Joder, es que no he visto un solo basto!– dijo José María Iraola.

– No juréis, por favor– recriminó con la mirada San Pedro a José María.

– Es que tienes una potra– remachó Alberto Lekuona.

Mientras tanto, Valentín Manso enarcó las cejas y volviéndose a los jugadores les pidió que hablaran un poco más bajo. Se le

estaba atragantando aquel arreglo para piano y orquesta de intérpretes renterianos que estaba preparando casi en secreto para el 29 de junio. Le querían dar la sorpresa a aquel pescador que todos los días bajaba a jugar su partidita con los músicos renterianos, San Pedro.

Gabriel Calleja y Evaristo Goñi entraron en el salón con una amplia sonrisa de complicidad en sus rostros. Era evidente que tenían algo que decir a los mayores pero... ¿Quién se atrevía a interrumpir una partida, en la que jugaba el director de la Sinfónica Celestial; José María Iraola que, por cierto, la dirigía como a él le gustaba, con sombrero?

– ¿Qué pasa Evaristo? ¿Dónde está José Antonio?

– Se ha quedado abajo Aita, en el concierto– repuso Evaristo sin poder contener la risa.

– Pero... ¿Qué os pasa...?

– ¡Nada! repuso Gabriel, tratando de estar serio– que hemos estado en el concierto de “La Banda” y tocan mujeres...

– ¿En la banda de Rentería?– dijeron todos a coro.

– Qué es, ¿un concierto de Piano y Banda?– dijo muy serio Iraola.

– No, el concierto mensual.

– ¿Y tocan mujeres? ¿Nuestros instrumentos?

– ¡Bah, los timbales y la caja no tocarán!

– También Aita. Y muy bien, por cierto– repuso ya serio Evaristo.

A la vez que Martín Goñi se encasquetaba la boina con determinación, José María Iraola se puso su sombrero con coquetería, mientras Valentín Manso preguntaba:

– ¿Hace frío en la alameda?– a la vez que se ponía la bufanda.

– Esperadnos que vayamos todos– dijeron a coro Picaza, Calleja, Lekuona y Evaristo.

A lo lejos se oyó la voz de Gabino Zarranz que corriendo se acercaba seguido de Gallo.

– ¡Eh, eh!, que nosotros también bajamos.

– Esto no me lo pierdo yo!– dijo San Pedro, dispuesto a bajar también.

– ¡Y tú! ¿Qué sabes de música?– dijo Pepe Picaza.

– ¡Nada!– repuso San Pedro– pero me gusta el ambiente.

Aquel soleado día de mayo era un domingo nefasto para dar un concierto. De una parte la afición, que había decaído, de otra la misa de doce, que está casi desierta, y por otra parte la moda de tomar el sol, hacía que el auditorio fuera casi inexistente.

– ¡No hay ni Dios!– dijo malhumorado Gabino Zarranz, a la vez que sentía un pescozón en el cogote.

– ¡Esa boca!– protestó San Pedro.

El intermedio del segundo acto de “El caserío” proseguía su andadura y mientras Gabino, José María y Valentín se quedaban a espaldas del director, Picaza tomó posiciones frente a la flautista, a la vez que Martín y Evaristo se situaban al fondo, junto a José Antonio, para dominar la percusión.

– ¡Cojonudamente!– exclamó José Antonio, al ver aparecer a su padre y hermano.

– ¡Ya veremos!– dijo lacónicamente Martín– Ahora llega la hora de la verdad.

Efectivamente, llegado el momento, Anabel comenzó el solo de caja sin bordón, a la vez que María Eugenia y Eneritz iniciaban el dúo de flautas.

– ¡Jódete, cinco y sin redoblar!, ¡sí señor, con dos cojones!– dijo, sin poder contener su entusiasmo, Martín, a la vez que se le escapaba una lágrima de emoción.

Pepe Picaza estaba petrificado, la emoción le agarrotaba la garganta y no era capaz de articular palabra. Mientras tanto, María Eugenia y Eneritz, ajenas a aquella extraordinaria audiencia, sonreían felices al terminar el solo. Anabel todavía guerreaba con el redoble final, que abriendo regulador acababa en un fortísimo con tres efes y las tres tenían la sensación de que todo había salido muy fácil. Poco se imaginaban que les había acompañado la fuerza de unos verdaderos maestros que sintieron la emoción de ver, por primera vez, a unas jovencísimas ejecutantes tocar sus instrumentos.

Alberto Lekuona miró a Nerea y sólo pudo musitar entre dientes, un cariñoso... “mi niña”...

José María Iraola hizo un gesto con la cabeza y todos volvieron, poco a poco, a su lugar en el cielo, precedidos por San Pedro.

– ¿Qué le ha parecido, don José María?– dijo éste a Iraola.

– Oye San Pedro, tú tienes la lista de las mujeres músicos que entran, ¿verdad?, porque se me está ocurriendo una cosa que...

